

LA PASTORA QUE VENDIÓ SU RISA

Por Carlos Guillermo Domínguez

En un país lejano, situado más allá de las montañas y del mar, vivía un humilde matrimonio que tenía dos hijas llamadas Rosa y Blanca. La única fortuna de esta familia estaba formada por la cabaña en que habitaban, una pequeña huerta que cuidaba el padre, y doce ovejas con cuya leche hacía la madre riquísimos quesos que vendía en la ciudad junto a los productos de la huerta.

Las dos hijas del matrimonio eran muy lindas y buenas, ahora bien, mientras a Blanca le gustaba ayudar a sus padres en los trabajos de la casa y era la que hilaba la lana de las ovejas, a Rosa le agradaba más sentarse ante el espejo contemplando su bello rostro y soñando que era una gran dama dueña de palacios y criados.

Aquella mañana, al salir el sol, las dos hermanas se levantaron y después de besar a sus padres y tomar un tazón de leche, llevaron a pastar al prado cercano a las doce ovejas. Allí, mientras Blanca cuidaba de los retozones animalitos, Rosa cogió flores con las que hizo una guirnalda que se puso en el pelo. Luego se acercó al río y se contempló en sus aguas.

. - Mira qué hermosa estoy, hermana.

. - Sí, estás muy bella -le respondió Blanca mirándola con cariño.

. - ¡Que lástima que estas margaritas que tengo en el pelo no sean de oro y plata y sus hojas de esmeralda!

Blanca sonrió.

. - Pero por ello no estarías más hermosa.

. - Quizá no, pero sería señal de que era una gran dama.

. - Pero, Rosa, ¿es que el ser una gran dama te haría más feliz?

. - ¿Quién lo duda, hermana? Poseería palacios, criados y doncellas que acatarían mis órdenes y no tendría necesidad de cuidar ovejas ni de vivir en una choza.

. - No te comprendo, Rosa. Yo me siento feliz en nuestra humildad.

. - Yo no; yo no estoy contenta.

. - Porque tienes la cabeza llena de sueños que te impiden ser feliz.

Rosa rio, y su risa hizo levantar las cabezas a las ovejas que pastaban.

. - ¿Felicidad siendo una pobretona? ¡Eso no es posible!

Blanca iba a responder a su hermana cuando vio venir hacia ellas a un hombre vestido con andrajoso y extraño traje que llevaba a las espaldas una enorme caja pese a lo cual caminaba ligeramente. Poco después llegaba junto a ellas, dejó sobre la verde hierba la gran caja y quitándose la gorra saludó.

. - Buenos días, queridas niñas. ¿Deseáis comprar algo a este andariego buhonero?

. - Gracias, señor -le respondió Blanca - pero nada necesitamos.

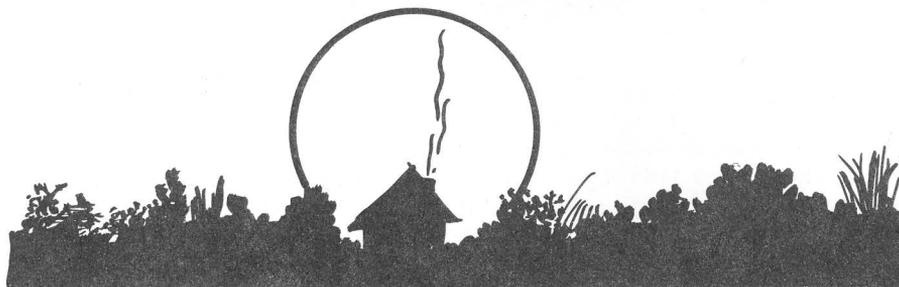
Rosa, curiosa, dejó de mirarse en las aguas del río y preguntó:

. - ¿Qué es lo que vendéis, señor?

. - Compró y vendo de todo, niña. Todo lo que se puede comprar, todo lo que se puede vender, lo llevo yo.

. - ¿De verdad, señor? -se interesó Rosa-. ¿Vos podéis vender la felicidad?

El buhonero la miró detenidamente con sus verdes ojos y respondió con otra pregunta:



.- ¿En qué fundas tú la felicidad, pequeña?
. - Para mí la felicidad está en ser una gran dama, en poseer un castillo y tener criados.
. - ¿En eso nada más? Si es así yo puedo darte lo que quieres. Pero, dime, ¿qué me darás tú a cambio?

Rosa movió pesarosa la cabeza.

. - Nada puedo daros, señor. Mis padres son muy humildes y sólo poseemos estas doce ovejas y una pequeña huerta allá, en el fondo del valle. ¿Acáso os conformaríais con una oveja?

. - No; una oveja no. Cuando me acercaba te oí reír y tu risa me gustó. Dime, ¿cómo te llamas?

. - Rosa, señor.

. - Pues sí, Rosa, tienes una bella risa. ¿Estás dispuesta a comprar con ella la riqueza y el poder?

. - Sí, me doy cuenta, pero también me doy cuenta de que no podrás reír nunca más, ni al mirarte en el río, ni al oír a los pajarillos... No lo hagas, Rosa, debe ser muy triste no poder reír.

Pero Rosa había cerrado los oídos a la razón viendo tan cerca de su mano el poseer lo que tanto había deseado.

. - No seas tonta, Blanca. Más triste es no poder conseguir lo que se ambiciona y yo ambiciono la riqueza y el poder, ese poder que da la felicidad. ¿Qué importa no poder reír? Los demás lo harán por mí, tendré bufones que me diviertan y juglares que improvisarán bellas historias para cantarme.

. - Tu risa, hermana, tu risa que das a cambio, vale mucho mucho más que todo eso. Pero Rosa no estaba dispuesta a oír más y se volvió al buhonero diciéndole:



La linda muchacha lo miró sorprendida.

.- ¿Queréis decir que si os doy mi risa seré una gran dama?

. - Lo serás. - Afirmó el extraño personaje-. Tendrás un castillo, criados y cuanto apetezcas. Pero ten en cuenta que nunca más podrás reír, tu risa será mía.

. - Pero ¿qué vais a hacer con mi risa, señor?

. - ¡Quién sabe! - El buhonero se encogió de hombros-. Quizá alguna persona rica y poderosa esté dispuesta a dar su riqueza y su poder a cambio de esa risa. Piensa bien lo que haces, Rosa, es tu risa a cambio de lo que ambicionas.

Blanca, que había oído esta conversación, intervino alarmada:

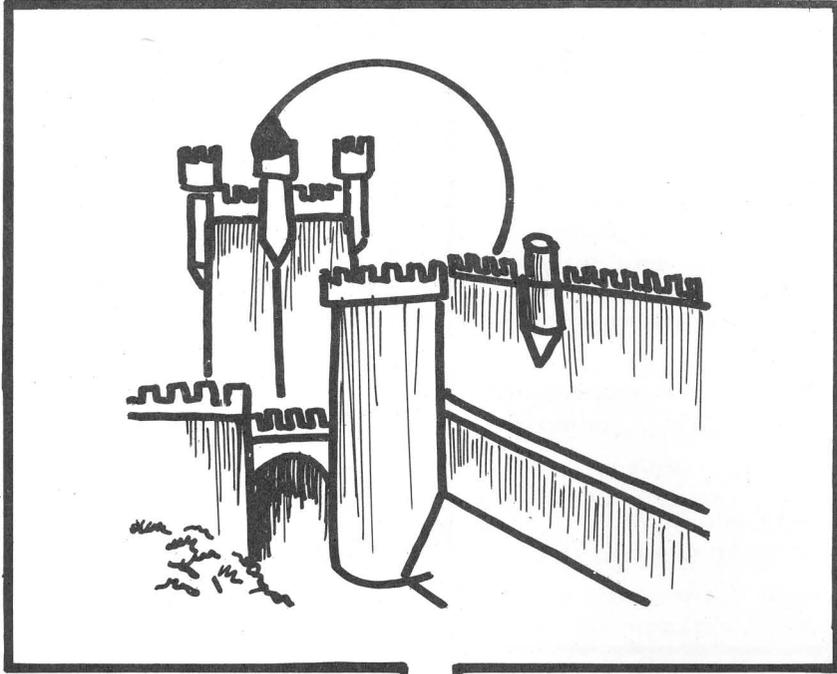
. - No hagas eso, hermana, no lo hagas.

. - ¿Por qué no? ¿Te das cuenta de lo que me ofrece este señor?

. - Estoy decidida. Tomad mi risa y dadme lo que me habéis prometido.

. - Hágase así, niña, puesto que lo quieres -respondió el hombre inclinándose en señal de asentimiento- Me llevo tu risa y te dejo el poder y la riqueza.

Al terminar de decir esto el buhonero cogió su caja y desapareció a la vista de las dos hermanas. Sus palabras parecieron fundirse con el rumor del río, el balido de las ovejas y el susurro del viento. Todo quedó como antes y a Blanca le hizo el efecto de que había sido un sueño. Pero no, cuando volvió los ojos hacia su hermana, pudo comprobar que su humilde traje se había transformado en ricas vestiduras y que las flores que adornaban su pelo eran tal como ésta las había deseado. Las margaritas tenían pétalos de plata, corazón de oro y hojas de es-



meralda.

• - ¿Te has dado cuenta, hermana? -preguntó admirada.

• - Sí, Blanca. El buhonero ha cumplido su palabra. Pero, ¿dónde está mi palacio? Blanca, reuniendo a las ovejitas, no respondió a esta pregunta y sólo dijo:

• - Vamos, volvamos junto a nuestros padres. Y arreando el pequeño ganado se encaminó a la choza seguida por su hermana que no dejaba de acariciar y contemplar las ricas galas que la envolvían.

Cuando llegaron ante su casita contemplaron con estupor que ésta había desaparecido ocupando su lugar un hermoso castillo de esbeltas y altivas almenas. Las dos hermanas cruzaron la poterna donde soldados de bruñidas corazas saludaban a su paso.

• -Salud, noble señora.

Las dos jóvenes atravesaron patios y pasillos llenos de pajes, damas y caballeros, que se inclinaban ante Rosa con respeto y al fin llegaron a una lujosa estancia en la que encontraron a sus padres que las aguardaban llenos de estupor.

• -¿Qué ha ocurrido, hijas mías? -preguntó el padre. - ¿Por qué estamos en este castillo?

• - ¿Y tú, Rosa, -añadió la madre- cómo es que vistes esas ricas ropas? ¿Acaso esto es un sueño?

• - No, queridos padres- respondió Rosa- No es un sueño sino una bella realidad. He dado mi risa a cambio de la riqueza y el poder. Ahora seré feliz pues tengo cuanto ambiciono.

Y así empezó para Rosa una nueva vida, la vida que ella siempre había deseado. Fue la

dueña y señora de aquellos contornos, se pudo adornar con las más hermosas y ricas galas y se vio tratada con respeto por todos. En su castillo se dieron fiestas brillantes, se organizaron partidas de caza a las que asistieron los más poderosos señores y las más bellas y aristocráticas damas. Incluso el rey frecuentó asiduamente el castillo y tomó parte en fiestas y cacerías donde todos reían y disfrutaban. Todos menos Rosa que no podía reír.

Pasó el tiempo, la antigua pastorcilla disfrutó del lujo, el poder y la riqueza; pero seguía sin poder reír. Ahora bien, Rosa estaba convencida de que el dinero todo lo puede y así, un buen día, ordenó a sus pajes y caballeros:

• - Id por mis dominios y ofreced dos sacos de oro a aquél que sea capaz de hacerme reír.

Poco después en calles, plazas y caminos, se oyó la voz de heraldos y pregoneros.

• - ¡Escuchad! Los caballeros y los plebeyos, los extranjeros y lugareños. La señora de este país dará dos sacos de oro a quien la haga reír.

Durante días y días desfilaron ante Rosa hombres contando cuentos y chistes; pero nadie pudo arrancar siquiera una sonrisa de sus labios.

Rosa ofreció más y más dinero, pagó generosamente a charlatanes, magos, juglares y bufones venidos de los países más lejanos, pero todo fue inútil. Poco a poco fue mermando la gran fortuna que poseía. Llegó un momento en que tuvo que vender sus joyas, sus caballos y sus lebreles, y, al fin, hasta su castillo de altivas almenas. Lo vendió

todo, pero no consiguió reír. Finalmente, tan pobre como al principio, volvió a su humilde choza con sus padres y hermana. La familia trabajó de nuevo como antes, el padre cuidaba la huerta, la madre haciendo queso con la leche de las ovejas y Blanca llevándolas a pastar. Mientras, Rosa, permanecía en su habitación sin querer hablar con nadie, sin reír, triste y amargada. Pero, un buen día, cuando Blanca salía con las ovejas hacia el prado, Rosa sintió deseos de ir con ella.

• - Espera, hermana, voy contigo.

Juntas corrieron por el prado, jugaron con las ovejas y, al fin, Rosa cogió flores y se las puso en el pelo. Después se miró en las aguas del río.

• - Blanca, es igual que antes, ¿verdad?

Ya las flores no son de pedrería, no son sus pétalos de plata, sus corazones de oro ni sus hojas de esmeraldas; pero al verlas y acariciarlas siento algo que hace tiempo no sentía.

En aquel momento un corderito, el más pequeño de todos, saltó y baló alegremente junto a ella, como aplaudiendo sus palabras. Al verlo, Rosa rio. Fue una risa alegre y feliz que se extendió por el prado y pareció encontrar eco en las montañas. Entonces, como por arte de magia, apareció el viejo buhonero con su traje haraposos y su gran caja a la espalda.

• - Niña, vuelves a reír.

• - ¡Oh, buhonero! -exclamó Rosa-. Vos que os llevasteis mi risa, que me disteis a cambio de ella el poder y la riqueza, ¿podréis decirme cómo es que vuelvo a reír?

• - Claro que te lo puedo decir -respondió el extraño personaje-. Ríes porque has vuelto a ser la que eras antes; una humilde pastor-

cilla cuya felicidad está en este verde prado, en estas ovejas y en el diario quehacer. Quise cambiar lo más hermoso que tenías, la risa y la alegría, por las galas y la riqueza sin darte cuenta de que la felicidad no está en el dinero ni en el poder, sino en los corazones sencillos.

• - ¿Quién sois vos, señor?

El buhonero sonrió ante la pregunta de Rosa.

• - Me llaman de muchos modos: suerte, azar, éxito... Los hombres me buscan con ansia; los pobres para que les dé dinero; los ricos para que les dé poder; los poderosos para que les dé fama... Todos quieren subir un escalón más en la creencia de que allí encontrarán la felicidad. Y tú has comprobado que no es así, Rosa, te has convencido de que la felicidad está dentro de nosotros mismos y de que no hay que sacrificarla buscando lo que no poseemos.

Terminando de decir estas palabras, el viejo buhonero desapareció como la primera vez. Las dos hermanas se miraron en silencio unos momentos hasta que Rosa, se acercó a Blanca y pasándole un brazo por los hombros le dijo:

• - Es verdad todo lo que ha dicho. Mi felicidad está en nuestros padres, en ti, en las ovejitas, en el diario quehacer y en estas montañas y ese río. Quise mirar tan lejos que no vi lo que ya tenía.

Blanca asintió y las dos, riendo alegremente, se pusieron a reunir las ovejas. Poco después, se dirigían a su choza, una choza que podía rivalizar con el más bello palacio, con el más esbelto castillo, porque en su interior habitaba una familia que poseía el amor y había sabido desterrar la ambición por las cosas materiales que nunca dan la verdadera felicidad.

